

GOLAZO DEL PERÚ: DE ÉLITES Y FÚTBOL

David Wood ¹

PALABRAS CLAVE (KEY WORDS): Futbol, Perú, Cultura popular.

Como fue el caso en varios países de América Latina, la Independencia del Perú en 1821 no significó un profundo cambio en las estructuras sociales, ni en la jerarquía de patrones culturales, que seguían pautas marcadas en buena medida por consideraciones raciales. Lo que se dio no fue una revolución que buscó reivindicar las culturas colonizadas en el siglo XVI, sino la formación de una nueva élite política, económica y cultural que hasta cierto punto siguió inspirándose en modelos europeos. En el Perú del siglo XIX se constituyó una oligarquía blanca, supuestamente de 44 familias,² dominó el panorama político-económico hasta mediados del siglo XX, por lo menos. Durante los años que siguieron la expulsión de las autoridades coloniales españolas, hasta comienzos del siglo XX, el concepto de la identidad peruana se relacionaba estrechamente a esta élite blanca, cuya visión de la nación ‘corresponde al concepto colonial de «castas», sustentado en una jerarquía racial y cultural donde lo blanco europeo es superior a lo americano nativo’ (Rebaza-Soraluz. 2000: 33). Un elemento importante de esta influencia blanca y europea lo representaba los británicos, quienes llegaron para aprovechar las oportunidades comerciales y financieras que se presentaban después de la salida de los españoles, y como parte del bagaje cultural que llevaron al Perú (y a América Latina en general) el fútbol comenzó a jugarse en los clubes exclusivos que establecieron en la capital, como Lima Cricket and Lawn Tennis, fundado en 1859.³ También llegaron los italianos por razones parecidas, y formaron asimismo un Circolo Sportivo Italiano a comienzos del siglo XIX, pero el primer club peruano de fútbol emergió del Unión Cricket, club social formado en 1893 por miembros de la élite criolla, y a este club también le correspondió la primera cancha de fútbol para uso de equipos peruanos, hecha en 1896 con césped que se importó de Inglaterra en un local que las autoridades de la Municipalidad de Lima les concedió. De estos comienzos se puede apreciar la íntima relación entre la élite nacional (incluimos aquí a los británicos que formaron su propia ‘colonia’ en Lima) y el fútbol, una relación que se mantuvo a lo largo del siglo XX, y que sigue en pie a comienzos del siglo XXI, como veremos, aun cuando la élite ha optado por la práctica de deportes más exclusivistas, como el golf, la hípica o el tenis, que les permiten marcar una distancia tanto física como cultural con respecto al pueblo.

Otra dimensión del debate que hay que tener en cuenta cuando consideramos el lugar del deporte a finales de siglo XIX y comienzos del XX es la supuesta debilidad física y moral de los peruanos de la época, perspectivas que tienen que entenderse a la luz de la derrota catastrófica frente a Chile en la Guerra del Pacífico (1879-83), cuando la élite blanca se mostró incapaz de defender la nación. En el contexto de las ideas ‘modernas’ europeas sobre la educación física, el deporte podría ayudar a corregir las deficiencias del pueblo peruano, como reconoce Muñoz Cabrejo: ‘Si bien al inicio la práctica del deporte fue promovida y difundida por la comunidad extranjera [...] muy pronto el Estado y la élite comprendieron la utilidad del deporte en la formación del hombre viril, con voluntad y capacidad de acción, que el Perú necesitaba’ (Muñoz Cabrejo. 2001: 199). El fútbol, en particular, por sus leyes y trabajo en equipo, además de las connotaciones de modernidad y progreso que conllevaba como resultado de sus orígenes ingleses, gozó de mucho apoyo entre algunos sectores de la élite en el fomento de las cualidades físicas y morales que se consideraban propias para mejorar la nación.

Si bien a nivel institucional (clubes, canchas) e ideológico el fútbol tenía un carácter elitista a finales del siglo XIX, estos mismos años vieron la práctica cada vez más difundida del fútbol por parte de las clases populares, facilitada por los requerimientos básicos en cuanto a equipo – unas piedras para formar el arco y una pelota de trapo –, y su flexibilidad con respecto a cancha, tiempo de juego y número de jugadores. Esta apropiación, por parte de la clase obrera urbana sobre todo, significó el fin de la relación exclusiva y exclusivista entre fútbol y élite, pero la ruptura entre fútbol y orden hegemónico no fue definitiva. La posibilidad de que la participación masiva pudiera convertir al fútbol en una manifestación cultural popular, con características propias en cuanto a organización y práctica, llevando así a la formación de posibles lazos de unión según criterios de clase social entre el creciente proletariado urbano, habría constituido una preocupación para las clases dominantes. Esta preocupación se veía agudizada por el sindicalismo incipiente de aquellos años y rápidos cambios políticos que amenazaban estructuras políticas que habían asegurado el gobierno del país por parte de la oligarquía durante 40 años. En las últimas líneas de un valioso estudio sobre el tema, Susan Stokes concluye que ‘el complejo Estado-clases dominantes constituía un antagonista formidable a la autonomía popular’ (Stokes. 1986: 249), dejando en claro que la élite no iba a dejar que su hegemonía se perdiera tan fácilmente, lo cual desencadena una serie de tensiones entre el fútbol como forma de expresión popular y lo que los intelectuales de izquierda han solido ver en términos de forma de control social. A nivel de práctica la formación del club

Universitario de Deportes, que surgió de los equipos de las facultades de la Universidad de San Marcos, y su rápido (e irregular) ingreso a la primera división proveyó una puerta de acceso a la participación de los sectores privilegiados en el nuevo deporte popular, tal como se aprecia en las descripciones de los señores (y señoras) ‘decentes’ que iban a aplaudir a los jugadores de la U en notas periodísticas de la época,⁴ y en fotos históricas como la de 1913 del Jorge Chávez ganador del campeonato local, donde los jugadores posaron en chimpunes, short y ¡corbata! (Salinas Benavides. 1997: 58).

Por otro lado, el Estado buscaba mediar la cada vez mayor presencia de las clases populares en la vida pública de Lima de las primeras décadas del siglo veinte a través de lo que Stein llama ‘un importante crecimiento institucional’ a nivel de gobierno (Stein. 1986: 13). Esta expansión del ámbito de acción de las clases dominantes encuentra su expresión en el fútbol con la formación en 1912 de la Liga Peruana de Fútbol (léase Liga Limeña, ya que ni los clubes del puerto vecino del Callao lograron participar), cuyo carácter elitista se aprecia claramente en el hecho de que tres de los cuatro miembros de la primera Junta Directiva procedían del todavía británico Lima Cricket (el otro era Eduardo Fry del Unión Cricket). La élite no solo seguía dominando la administración del fútbol, sino también su práctica, ya que el primer Campeonato lo ganó Lima Cricket, recibiendo como premio el ‘Dewar Challenge Shield’, fino escudo de plata coronado por las banderas del Perú y de Inglaterra, donado por Sir Thomas Dewar, distinguido miembro de la comunidad británica con gran interés en el deporte. Sin embargo, la Liga Peruana de Fútbol duró solo una década, periodo que vio el título pasar de un equipo (Lima Cricket) en el que diez de los once jugadores tenían apellido británico a equipos como Sport Alianza (que luego sería Alianza Lima), Sport Inca y Sport Vitarte, estos dos últimos equipos de fábricas textiles de barrios humildes, donde todos los jugadores eran de origen peruano. Esta transferencia de poder futbolístico es sintomática de la participación masiva que llegó a caracterizar la práctica de este deporte (y, hasta cierto punto, la vida política) en las primeras décadas del siglo XX, y frente a esta nueva realidad del fútbol se produjeron desacuerdos internos en la Liga, la que entró en crisis. Esta crisis se debió en parte a desacuerdos internos y falta de fondos, pero también al hecho de que su estructura y composición estaban ya muy lejos de la realidad futbolística, que había experimentado la participación masiva de las clases populares. La Federación Peruana de Fútbol (FPF), fundada en 1922, se estableció para encargarse de la organización de las ligas después de la caída de la Liga Peruana de Fútbol, tomando las riendas de la interina Asociación de Amateurs, la cual se describe como ‘constituida por entidades futbolísticas, con

caracteres anárquicos de desorden y confusión' (Salinas Benavides. 1997: 63), dejando poco lugar a dudas acerca de la percepción de la FPF sobre la capacidad organizativa de las clases populares. Desde esa fecha la relación entre las clases dominantes y la FPF, que se fundó para regular las actividades futbolísticas de las clases populares, puede apreciarse por el hecho de que los presidentes de la FPF desde su fundación son todos blancos, y todos profesionales, empresarios o militares.

En la misma década en que se fundó la FPF, el régimen del presidente Leguía (1919-1930), como parte de una estrategia para quitarles apoyo a los nuevos partidos políticos de participación masiva mediante medidas populistas⁵, convirtió 'esa afición de masas en estructuras institucionales de práctica del deporte. Es decir, el Estado, por primera vez en el país, se encargaba de la organización y difusión del deporte' (Deustua Carvallo. 1981:11). Todo esto coincidió también con la apertura del Estadio Nacional, donado por la colonia inglesa al estado peruano para conmemorar el centenario de la Independencia, aunque no fue inaugurado hasta 1927 con motivo del Campeonato Sudamericano organizado por el Perú. Es interesante notar de paso que la remodelación del Estadio Nacional original (de madera) en 1952 fuera parte del programa de medidas populistas del General Odría: la reapropiación del fútbol por parte de las autoridades encontró su expresión simbólica en el hecho de que al prenderse la iluminación del flamante estadio muchos hogares de La Victoria, cuna del fútbol popular, sufrieron apagones (Salinas Benavides. 1997: 208).

La década de los 1920 marcó la peruanización del fútbol, tanto en términos de participación como su organización, pero la influencia británica como elemento de la élite socio-económica se seguía sintiendo de alguna manera: para conmemorar el centenario de la Independencia, la colonia inglesa en Lima donó al estado peruano en 1921 el terreno que se convertiría en el primer Estadio Nacional, construido por el gobierno de Leguía para ser el escenario del Campeonato Sudamericano de Fútbol de 1927. Buena parte del equipo material (incluido el césped) para este primer campeonato fue importado desde Inglaterra, mientras se encargó la preparación del equipo a un árbitro y entrenadores uruguayos, hechos que ponen de manifiesto 'la tensión entre nacionalismo y cosmopolitismo que marcará a la cultura peruana en la década de los 20' (Elmore. 1993: 14). El presidente Leguía, quien había llegado al poder mediante un golpe de estado, buscaba sin duda asociar su régimen con lo moderno y lo extranjero que se asociaba con la práctica del deporte en esa época, pero también se servía del fútbol para tratar de negociar precisamente estas tensiones entre nacionalismo y

cosmopolitismo, al mismo tiempo que lo usaba como elemento en la formación de un estado-nación que fuera más allá de la oligarquía criolla. Una parte importante de este proceso fue la formación de la selección nacional, también bajo el régimen de Leguía, que representó al país por primera vez en el antes mencionado Campeonato Sudamericano de 1927. La selección peruana perdió dos de sus tres partidos en aquel Campeonato, pero el éxito en estos años no solo debe medirse por los resultados en la cancha, y el fútbol lograba cada vez más cumplir el papel de una metáfora de lo nacional, reuniendo cualidades con las cuales podían identificarse tanto la élite como el pueblo.

En la década de los 1920, entonces, el fútbol sirvió por primera vez para reunir varios sectores de la población alrededor del concepto de nación, que hasta esa fecha había sido dominio exclusivo de la élite, pero sería erróneo pensar que las tensiones entre diferentes grupos sociales se habían resuelto. La pervivencia de conflictos de este índole se expresan de manera simbólica en la rivalidad más fuerte del fútbol peruano: el «clásico» Alianza Lima – Universitario de Deportes, cuyos orígenes remontan a 1928, cuando Alianza Lima definió el primer campeonato de la FPF contra Federación Universitaria, que pronto se conocería como Universitario de Deportes, o simplemente la U. Las razones que explican la fuerza de esta rivalidad son varias: la Federación Universitaria entró de forma irregular a la División de Honor para participar en el campeonato; cinco jugadores de Alianza fueron expulsados en el partido para determinar el campeón, el cual se tuvo que reprogramar; y se produjo una pelea entre jugadores de Alianza Lima y el público que apoyaba a Universitario, dando lugar a lo que se conocería como ‘el clásico de los bastonazos’. El que el público llevara bastón alude a las diferencias socio-económicas que explican más que cualquier otro factor la intensa rivalidad del clásico Alianza Lima – U: el equipo de Universitario lo formaba jóvenes de las clases más privilegiadas, mientras Alianza Lima ya llevaba dos décadas de fuerte asociación con La Victoria, barrio más bien pobre que quedaba literal y metafóricamente al otro lado de las antiguas murallas de la ciudad virreinal. Las divisiones entre los dos clubes y lo que representaban también se expresaban en términos raciales, y con la convergencia de por lo menos tres de las grandes características divisorias de la sociedad peruana no es difícil ver por qué estos partidos cobraron un fuerte valor simbólico. Alianza Lima siempre se ha asociado con la población afro-peruana, conocido como el club de ‘los negros de La Victoria’, mientras Universitario (tanto jugadores como público) fue tradicionalmente el club de los blancos de clase media para arriba con miras europeas, factores que se reflejan acaso en las camisetas de

los clubes: el uniforme de Universitario es color crema, mientras Alianza Lima juega en camiseta con rayas negras y blancas, con short y medias negros.

No sería difícil ver el Universitario de 1928 como el nuevo punto de identificación de los sectores hegemónicos que habían perdido su monopolio sobre la práctica de este deporte en la década anterior, y Alianza Lima (como lo sugiere su nombre) como símbolo de las capas populares de la capital que ya dominaban la práctica del fútbol. No solo el público sino también los jugadores sintieron este valor simbólico, como indican las siguientes palabras de Miguel Rostaing, jugador de Alianza Lima en los 1920:

‘Los partidos se convertían en luchas de negros con blancos. [...] Para estar en Universitario tenías que estar en la universidad, sólo chiquillos blancos. Y los jugadores de Alianza eran negros, pobres, albañiles todos nosotros’ (Castro, Arias Schreiber y Sifuentes, *c.2001*).

Alianza Lima también se resistía a la influencia reguladora de las estructuras dominadas por las élites en cuanto a su autonomía organizativa y económica: no se había formado a base de ninguna entidad de élite (como Unión Cricket o Circolo Sportivo Italiano) y tampoco tenía el apoyo de una de las recientes fábricas (como Sport Inca o Sport Vitarte). La organización del equipo se realizaba de manera más bien independiente, y los jugadores compartían la taquilla como fuente de ingresos (Benavides Abanto. 2000:71).⁶ Esta autonomía fue un punto de identificación entre las clases populares, sobre todo para los afro-peruanos (para los años 1920 la gran mayoría de los jugadores de Alianza Lima eran negros), para quienes la independencia conllevaba un valor simbólico especial dados sus orígenes esclavos,⁷ contribuyendo así a la creación de la leyenda de Alianza Lima como club de negros y de La Victoria.

Estas diferencias de práctica y de valor simbólico entre Alianza Lima – U también se hicieron sentir en el conflicto más notorio entre clubes y selección en la historia del fútbol peruano, el que sintetiza tanto las tensiones entre élites y pueblo como las que había entre cosmopolitismo y nacionalismo, que se constituía en líneas parecidas. Como parte de los preparativos para el Campeonato Sudamericano de 1929 en Argentina la FPF había decidido que para el campeonato local de ese año se jugaría una sola ronda de 12 partidos, pero la suspensión de la liga para lo que habría sido la segunda parte de la temporada significaba una fuerte pérdida de ingresos para los jugadores de Alianza Lima, quienes procedían de condiciones económicas bastante precarias. Además, el presidente del club se había negado a pagar la alta cuota que

había pedido la FPF para la participación peruana en el Sudamericano. Más allá de estos factores económicos, hubo acusaciones de un trato discriminatorio hacia los jugadores negros de Alianza Lima; fuera o no así, los aliancistas abandonaron los entrenamientos de la selección. La respuesta de la FPF fue expulsar a Alianza Lima – actual campeón y equipo de 7 de los jugadores de la selección para el Campeonato Sudamericano de 1927 –del campeonato de 1929 cuando había ganado los 7 partidos que se habían jugado hasta esa fecha. La selección que viajó a Buenos Aires, donde perdió los tres partidos que jugó, se conocía como ‘el equipo de los blancos’, y para algunos sectores de la élite local que se encargaban de la administración del fútbol peruano el no dar la impresión de que el Perú era un país de negros servía para compensar de alguna manera los malos resultados de la selección (Castro, Arias Schreiber y Sifuentes. c.2001:40).

Después de su expulsión del campeonato, Alianza Lima, con muchos de los mejores jugadores de la época, se vio obligado a jugar partidos informales en haciendas y otros espacios en los alrededores de Lima. En una variante de la anteriormente citada tensión entre nacionalismo y cosmopolitismo, Susan Stokes afirma que ‘no sería una exageración decir que, en cierto modo, los aliancistas optaron en 1929 por un fútbol popular y nacional, y rechazaron el fútbol centralizado y orientado hacia el extranjero que era el deporte en manos de la Federación’ (Stokes. 1986: 245). Es interesante notar que la resolución de esta situación se produjo cuando el público y la prensa pedían que Alianza Lima pudiera jugar contra Tucumán, que había ganado a todos sus contendores limeños en el curso de una gira en 1930. La FPF levantó el castigo a Alianza Lima, y vencieron 3-0 al equipo argentino, logrando así una victoria con connotaciones internacionales, algo que se aprecia de los comentarios en un artículo que apareció en *Varietades*, revista de la época, ‘La apoteosis de los negros’: ‘Ese club [Alianza Lima] es, sin cuestión, el representativo de nuestro adelanto y de nuestra modalidad particular en el fútbol. Los bravos negros conquistaron un ruidoso suceso’ (Castro, Arias Schreiber y Sifuentes. c.2001:41). A pesar de las indicaciones de una aceptación de los jugadores de Alianza Lima y su estilo de juego entre los sectores hegemónicos, las tensiones entre este club, como representante de los sectores marginados de la sociedad peruana, y la nación, simbolizada por la selección y las autoridades futbolísticas, seguían notándose. Cuando un vocero de la FPF anunció que se permitía que Alianza Lima participara de nuevo en el campeonato de 1930, su explicación en la revista *Toros y deportes* delató la persistencia de una discriminación en la que se combinaban factores tanto sociales como raciales: ‘porque al fin y al cabo esa gente por su falta de cultura no tiene tanta conciencia de lo que hacen’

(Deustua Carvalho, Stein y Stokes. 1986: 160). Otro elemento de la ‘rehabilitación’ del club después de la debacle con la FPF fue la instalación de Juan Bromley como presidente del mismo; el hecho de que ocupase un alto cargo (el de secretario) en la Municipalidad de Lima facilitó el ejercicio de relaciones paternalistas, ya que pudo conseguir trabajos más o menos estables para los jugadores. Para Stein esta etapa reguladora significó en términos generales la pérdida de la espontaneidad popular que había llevado a la formación de muchos clubes, mientras Alianza Lima en particular ‘se vio forzado a abandonar su fútbol, que representaba en cierto modo, la cultura popular autónoma – la única forma de la cultura popular, pensamos, que hubiera dejado espacio a que surgiera a través del deporte la solidaridad y conciencia colectiva de los sectores populares’ (Deustua Carvalho, Stein y Stokes. 1986: 161). La élite local había perdido el dominio de la práctica del fútbol, pero esto no significaba la pérdida del control sobre su organización, y mediante una combinación de actitudes autoritarias y paternalistas lograron mantener su influencia sobre este deporte cada vez más popular.

El presidente Leguía, quien asistía a los clásicos Alianza Lima – U a finales de los 1920, fue derrocado por un golpe de estado en 1930, pero la relación populista que había logrado establecer entre estado y estadio se mantuvo en la década siguiente, en varias oportunidades. En las Olimpiadas de 1936 en Berlín, por ejemplo, el equipo de fútbol ganó los cuartos de final contra Austria pero la delegación peruana entera se retiró frente a la demanda de que se volviera a jugar el partido. El éxito del equipo se debía en buena medida a jugadores negros de Alianza Lima como el delantero Alejandro Villanueva, y cuando la delegación regresó a Lima, el público trató a Villanueva como un héroe nacional, y el adobero de La Victoria llevó la bandera de la república en una procesión en el Estadio Nacional delante del Presidente Benavides. El mismo presidente ofreció que Lima fuera la sede para el Campeonato Sudamericano en 1935 y 1939, y en la versión de 1939 el Perú ganó su primera Copa América, triunfando en sus cuatro partidos contra Uruguay, Paraguay, Chile y Ecuador (no participó ni Argentina ni Brasil), victoria que permitió al presidente militar cerrar su periodo de gobierno con cierto aire de legitimidad frente al público peruano. El hecho de que el triunfo se realizara con entrenador inglés sugiere que el Perú, tanto en el fútbol como más ampliamente, no había logrado resolver todavía la tensión antes mencionada entre nacionalismo y cosmopolitismo, entre élites y pueblo.

En 1953 coincidió de nuevo una presidencia de índole militar y populista con la celebración del Campeonato Sudamericano en Lima. Este campeonato debía haberse realizado en

Paraguay, pero como ese país carecía de un estadio adecuado la Confederación Sudamericana de Fútbol dio el honor de sede al Perú, y el general Odría (1948-56) se aseguró de que la infraestructura del Perú no sufriera un estigma parecido al mandar construir un flamante Estadio Nacional para remplazar al original que se había construido en la época de Leguía. Al incluir un palco presidencial en el nuevo estadio, el presidente hizo una conexión explícita entre su posición como máximo representante político y el deporte más popular del país, todo en el contexto de la participación de la nación peruana en el ámbito internacional. Sin embargo, el éxito de la estrategia fue solo parcial, ya que entre los siete países que participaron el Perú terminó el campeonato en quinto lugar. A nivel local, el general Odría también buscó identificarse con la afición popular por el fútbol, donando en nombre del estado 38 mil metros cuadrados de terreno en La Victoria a Alianza Lima para que pudieran tener estadio propio. El general Odría puso asimismo la primera piedra del nuevo estadio en febrero de 1951, fecha en que el club celebró su cincuentenario, pero por razones económicas la construcción no comenzó en serio hasta 1966. De ahí, faltaría casi otra década para que el primer partido se realizara en el flamante estadio en diciembre de 1974, gracias a una nueva intervención de otro régimen militar de tendencia populista: el gobierno del general Velasco Alvarado (1968-75) dio propiedad del terreno del nuevo estadio al club, lo cual permitió que se obtuviera el préstamo necesario para terminar las obras (Castro, Arias Schreiber y Sifuentes. c.2001:115).

Como en otros países del continente, el panorama político había cambiado de manera significativa entre los 1950 y los 1960, y el gobierno desarrollista del presidente Belaúnde Terry (1963-68) daba más importancia que nunca a las provincias, pero las estructuras económicas y sociales no habían cambiado tanto y la oligarquía tradicional seguía gozando de cierta influencia. Este periodo vio dos iniciativas importantes en cuanto a la organización del fútbol, ya que en 1966 nacieron el Campeonato Descentralizado y la Copa Perú, respuesta futbolística al gobierno desarrollista que buscó incorporar las provincias a las estructuras del fútbol, parte de un esfuerzo por romper el histórico centralismo que había sido una característica de las estructuras elitescas que vieron la concentración del poder político, económico, jurídico y cultural en la capital. El Campeonato Descentralizado salió del Comité Nacional de Deportes en acuerdo con la FPF, pero representó una concesión muy parcial a las provincias, ya que se aceptó la participación de cuatro clubes provincianos (Atlético Grau de Piura, Melgar de Arequipa, Alfonso Ugarte de Trujillo y Octavio Espinoza de Ica), ninguno de los cuales procedía ni de la zona andina propiamente dicha ni de los Departamentos de la

selva. Sin embargo, la Copa Perú permitió la participación en un torneo nacional de clubes de todo el país (jugaron más de mil equipos en su primera versión), dando la oportunidad a los equipos de provincias de llegar a la primera división del fútbol nacional (el campeón ingresaba al Descentralizado).

El gobierno de Belaúnde fue derrocado por un golpe militar que dio origen al Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas (1968-78), y el ritmo de incorporación de los equipos de provincias a las esferas más altas del fútbol nacional, iniciada con la Copa Perú, se hizo más intenso entre 1968 y 1978. En este período la práctica de ascender al fútbol profesional no sólo al ganador de la Copa Perú sino también al subcampeón significó que los primeros equipos de la sierra y la selva llegaron al Campeonato Descentralizado (León de Huánuco en 1972 y Colegio Nacional de Iquitos en 1973). Otro síntoma del vínculo entre estado y fútbol se da con la instalación del mayor general Manuel Monessi como Presidente de la FPF (1973-77), seguido entre 1977-78 en el cargo por el vice almirante Augusto Gálvez Velarde. La presencia de altos cargos del régimen militar en el ámbito del fútbol iba mucho más allá de un simbolismo populista: la Asociación Peruana de Fútbol (y no la FPF) fue el organismo encargado de preparar la selección para la Copa América en 1975, ganada por el Perú en ese año por segunda vez en su historia. A pesar (o quizás no, precisamente) de la presencia del estado en el fútbol bajo el régimen militar de la década de los 1970, no se puede negar que esta época marca el punto alto del fútbol peruano: además de ganar la Copa América (también llegó a las semifinales en 1979 y 1983), la selección logró su mejor participación en un Mundial (eliminado en cuartos de final por Brasil en México 1970) y se clasificó en 1978 (eliminado en la segunda etapa en Argentina) por tercera vez en su historia. A nivel de clubes, Universitario se convirtió en el primer equipo peruano en llegar a la final de la Copa Libertadores, perdiendo frente a Independiente de Argentina en 1972. Explicar estos años de éxitos, que no se han vuelto a ver, excede las posibilidades de este estudio, pero al lado de factores como la excelencia de una generación de jugadores o la migración masiva, que ofreció ricas canteras, no se podría dejar de lado el impacto psicológico de la incorporación del fútbol (y otras prácticas culturales de las clases populares) dentro del programa de un gobierno altamente nacionalista, ni la sensación de validación y poder que experimentaron las clases populares a través de medidas que privilegiaron las masas por encima de las élites, iniciativas que culminaron con el derecho al voto en la nueva constitución de 1979. Para Carlos Iván Degregori, 'Hasta las décadas del cincuenta y sesenta, el Perú era un país fragmentado, definido como archipiélago, como país dual, como nación en formación'

(Degregori, 1994, p.23), y si los años 1970 vieron una reducción en esta fragmentación, no hay que subestimar el papel que jugó el fútbol en la formación de un concepto de la nación que erosionaba la posición predominante de la élite.

Para ponernos al día a comienzos del siglo XXI, podemos considerar el significado de la Copa América 2004, que se celebró en el Perú, y que ganó Brasil. Para esas fechas, el proceso de democratización y mayor participación de sectores populares en la nación que se notó en el contexto de los 1960 y los 1970 se había mantenido para dar la victoria en las elecciones de 2001 a Alejandro Toledo, primer presidente de origen indígena (2001:06). Como se puede suponer, este hecho corresponde a una paulatina pérdida de influencia por parte de la oligarquía tradicional, proceso que tuvo un momento decisivo con la reforma agraria que implementó el régimen de Velasco Alvarado. Con respecto a la organización del torneo, las doce selecciones jugaron en tres grupos, para pasar luego a una fase eliminatoria que comenzaba con cuartos de final. Los partidos se jugaron en siete ciudades, donde varios estadios gozaron de ampliaciones para poder satisfacer los requisitos de los organizadores, pero el reparto de los grupos y partidos revela la pervivencia de las desigualdades tradicionales: el único estadio propiamente en la sierra fue el Garcilaso de la Vega en Cusco, donde se jugó el partido para el tercer puesto. Todos los demás partidos se jugaron en ciudades costeñas (se incluye aquí a Arequipa, junto con Chiclayo, Trujillo, Piura y Tacna) con los partidos principales en Lima, donde el Estadio Nacional fue el escenario del partido de apertura, las dos semi-finales y la final; Lima fue, además, la sede para el Grupo A, en la que jugó la selección peruana. Si esta situación se compara con la organización del Campeonato Sudamericano de Fútbol jugado en Lima en 1927, se puede apreciar que el fútbol es ahora un deporte que goza de una identificación que no se reduce a las élites capitalinas. Esto es un reflejo del hecho de que se ha producido cierta descentralización, no sólo del fútbol, sino también de la presencia provincial dentro del concepto de nación y como cara pública del Perú frente a un público mass-mediático internacional (recuérdese que uno de los problemas para la selección que fue al Sudamericano de 1929 en Buenos Aires era que no se quería dar la impresión de que el Perú fuera un país de negros). No obstante, el fútbol nos confirma de nuevo que hasta cierto punto los valores tradicionales persisten, y que Lima sigue representando el Perú, asumiendo el rol de mediador de la más alta representación de lo nacional (como sede de la selección) con la participación del país en el ámbito internacional (como escenario de los partidos claves). Al mismo tiempo, para el público televisivo internacional del torneo el Perú fue sobre todo un país costero, y si esto podría explicarse en

parte por razones futbolísticas (cuestiones de altura, oxígeno e infraestructura), la identidad del país en términos de su representación para el público internacional parece seguir siendo más bien costeño, por lo menos con respecto a ser escenario de eventos claves. Las tensiones inherentes en la identidad peruana entre nacionalismo y cosmopolitismo, y entre tradición y modernidad convergen también en el logo seleccionado para la Copa América de 2004, donde una pelota sirve como el eje que conecta El Chasqui con las palabras 'Perú 2004' y 'Copa América'. Así el fútbol logra tejer conexiones entre las culturas milenarias (la figura del chasqui sonriente) y conceptos modernos de la nación ('Perú 2004') que se desenvuelve en un ámbito internacional (el lema 'América unida por su pasión' que aparece debajo de 'Perú 2004'). Sin embargo, la organización del torneo y la pronta eliminación del equipo local sugieren que tanto el valor simbólico del fútbol como elemento integrador de todo el país como la plena inserción del Perú en el ámbito internacional tienen todavía más de deseo que de realidad.

De orígenes sumamente elitista, el fútbol propiamente peruano comenzó a tomar forma en el umbral del siglo XX, cuando las clases populares se convirtieron en la fuerza dominante en cuanto a la práctica de este deporte, aunque ha resultado mucho más difícil romper el vínculo histórico entre su organización y administración por un lado y los sectores más privilegiados de la sociedad por otro. Con la reconfiguración de la nación en las décadas de los 1910 y 1920, periodo marcado sobre todo por el régimen populista del presidente Leguía (1919-30), se consolidó el papel del fútbol como deporte 'oficial' del estado, defensor en aquella época de los intereses de la élite sobre todo, aunque se tuvo que aceptar la hegemonía de las clases populares en cuanto su práctica. Ese mismo periodo de gobierno también vio los primeros esfuerzos por proyectar una imagen de la nación a través del fútbol, tanto dentro como fuera de ella, una imagen que por lo general no lograba dar cabida a la diversidad geográfica, étnica y cultural del Perú de la época, y que buscaba más bien proyectar imágenes elitescas de la nación. Si comparamos la situación de esa época con la que encontramos a comienzos del siglo XXI, podemos apreciar en la organización de la Copa América 2004 una relación menos concentrada entre fútbol y élites. Este proceso se viene produciendo de manera marcada desde los 1960 y los 1970, por medio de los cambios que se han descrito arriba, los cuales resultaron en un aflojamiento en la relación entre fútbol y capital, sede tradicional de perspectivas elitistas sobre la nación. En el contexto de estos cambios, y en contraste con el papel del estado como promotor del deporte en las primeras décadas del siglo XX, resulta de cierta manera paradójico que las iniciativas de un gobierno militar hayan significado un paso

importante en la ruptura de la relación entre élites y fútbol, aunque se trataba de un gobierno militar que rompía el molde en varios sentidos. A lo largo del siglo XX, y más allá de ese marco, el fútbol ha constituido una manera importante de negociar las tensiones entre las élites locales y otros sectores de la población, y sirve para ilustrar y considerar la forma en que las relaciones entre estos sectores han cambiado con el tiempo. Si bien las élites han logrado seguir ejerciendo cierto control sobre el fútbol en términos de su administración,⁸ después de perder rápidamente la hegemonía en la cancha, no hay que olvidar que la inmensa mayoría de los partidos y partiditos que se juegan hoy en día tienen muy poco que ver con los reglamentos de la FPF y otras entidades reguladoras, y para los que lo juegan o lo ven el fútbol cotidiano ofrece así un campo de acción que no está adscrito a la influencia de sectores hegemónicos que se hacen sentir diariamente en el ámbito económico o social.

Referencias

- Benavides, M. (2000). *Una pelota de trapo, un corazón blanquiazul. Tradición e identidad en Alianza Lima 1901-1996*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Cabrejo, F. (2001). *Diversiones públicas en Lima 1870-1920: la experiencia de la modernidad* Lima: Red para el desarrollo de las ciencias sociales.
- Castro, R. et al. (eds). (c.2001). *Libro de oro de Alianza Lima*. Lima: El Comercio.
- Deustua, José, Stein, S., y Stokes. S. "Entre el offside y el chimpún: las clases populares limeñas y el fútbol, 1900-1930". En Steve S. (ed.). (2002). *Lima obrera 1900-1930* (tomo I). Lima: El Virrey, pp. 119-162.
- Deustua, J. 'El fútbol y las clases populares (I). De la Inglaterra Victoriana al Perú de Leguía,' *El Diario Marka* (Lima), 23 de agosto de 1981, p.11
- Deustua J. (1982). "La incorporación nacional del fútbol". En *La revista* (Lima), 7, pp. 42-44.
- Elmore, P. (1993). *Los muros invisibles: Lima y la modernidad en la novela del siglo XX*. Lima: Mosca Azul / El Caballo Rojo.
- Panfichi, A. "Fútbol e identidad: esta urgencia de decir nosotros". En Panfichi, A. (ed.). (1994). *Fútbol: identidad, violencia y racionalidad*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 17-21.
- (1999) "Representación y violencia en el fútbol peruano: Barras bravas". En *Contratexto* (Lima), 12, pp.151-161.
- Rebaza, L. (2000) *La construcción de un artista peruano contemporáneo. Poética e identidad nacional en la obra de José María Arguedas, Emilio Adolfo Westphalen, Javier*

Solguren, Jorge Eduardo Eielson, Sebastián Salazar Bondy, Fernando de Syszlo y Blanca Varela. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Salcedo, J. “Así jugamos poque así somos”. *El Diario Marka*, 20 de junio de 1982, pp. 8-9.

Salinas Benavides, R. (1997). *Federación peruana de fútbol. 75 aniversario.* Lima: Desa.

Sánchez, A. (1980). “Fútbol: un espejo para mirarnos mejor”. *Quehacer* (Lima), 7, pp. 119-127.

Stein, S. “Los contornos de la Lima obrera”. En Steve Stein (ed.). (1986). *Lima Obrera 1900-1930* (Tomo I), Lima: El Virrey, pp. 11-28.

Stokes, Susan. (1986) ‘Etnicidad y clase social: los afro-peruanos de Lima 1900-1930,’ en Steve Stein (ed.) *Lima Obrera 1900-1930 (tomo II)*, Lima, El Virrey, 171-252.

¹ David Wood es Doctor en Literatura por la Universidad de Exeter y Director del Departamento de Estudios Hispánicos en The University of Sheffield (Reino Unido). Es autor de los libros: *The fictions of Alfredo Bryce Echenique* (London, 2000); *De sabor nacional. El impacto de la cultura popular en el Perú* (Lima. IEP, 2005); y una edición crítica de Bryce Echenique: *Huerto Cerrado* (Manchester. 2007). Ha publicado artículos y capítulos de libros en Europa, Estados Unidos y América Latina, y forma parte del equipo editorial *The International Journal of the History of Sport*. Su correo electrónico es: david.wood@sheffield.ac.uk

² Estas familias, de origen europeo, tuvieron como base de su poder grandes plantaciones para productos de exportación (algodón y azúcar) en la costa y grandes haciendas para la producción de comida para el mercado local.

³ Disponible en: www.icc-cricket.com/icc/development/americas/newsletter/AMERICAS_DEC_2006.pdf Fecha de consulta: 1 mayo de 2007.

⁴ Eduardo Fry, arquero del Unión Cricket, escribió una columna ‘Notas deportivas’ en *La prensa* desde 1912.

⁵ El APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) se formó en Méjico en 1924, y el Partido Socialista Peruano, formado en Lima en 1928, siguió la línea política de Moscú.

⁶ En los años 1920 en el Perú ningún jugador se ganaba la vida del fútbol, y la mayoría de los jugadores de Alianza Lima eran adoberos o choferes de transporte público.

⁷ Le esclavitud en el Perú se abolió en 1854.

⁸ No se ha considerado aquí la relación entre fútbol y medios masivos, pero eso no es subestimar la importancia de un campo muy sugerente en cuanto a la relación entre élites y otros sectores, sobre todo con la presencia cada vez más significativo en el Perú de la televisión por cable.